



fotos: Alberto Corazón



| | |
|---|-----------------------------------|
| EQUIPO DE DIRECCION | |
| Director: | Adolfo Marsillach |
| Ayudantes: | Francisco Melgares y Joaquín Vida |
| Secretaría: | Rosalba Senante |
| Secretario técnico: | Alfredo Mora |
| JUNTA TECNICA CONSULTIVA | |
| Ricardo Domenech | |
| Eduardo Haro Tecglen | |
| Francisco Nieva | |
| COMITE DE LECTURA | |
| Alberto Miralles | |
| Manuel Pérez Estremera | |
| Juan Germán Schroeder | |
| ANIMACION CULTURAL | |
| Juana Alonso | |
| Secretaría: | Angela Belanguier |
| TALLER PERFECCIONAMIENTO ACTORES | |
| Pilar Francés | |
| Miguel Narros | |
| Marta Schinka | |
| GRAFICA | |
| Alberto Corazón | |

Tornem de batalles, venim de la guerra i ni portem armes, pendons ni clarins; vençuts en la mar i vençuts en la terra som una desferra.

(«Cant del retorn», de Joan Maragall)

Regresamos de batallas, volvemos de la [guerra
y no llevamos armas, pendones ni cla- [rines;
vencidos en el mar y vencidos en la tie- [rra
somos un guiñapo.



1898

Muchos de los repatriados, que vestían todavía los ligeros uniformes tropicales de rayadilla y que no disponían de recursos para regresar a sus lugares de origen, pasaron el otoño y el invierno de 1898 mendigando por las calles de Barcelona, ya fuese tocando instrumentos musicales, ya recogiendo la calderilla que los peatones compasivos arrojaban sobre la bandera bicolor que ellos habían extendido en el suelo y que se había arriado para siempre en Ultramar.

(Enric Jardí, biografía de Nonell, ediciones Poligráfica)

Ramón y Cajal

Memorias de su servicio en la guerra de Cuba

Vicios del Ejército y la falta de los pagos a oficiales

No obstante mis andanzas por cafés, casinos y tertulias caseras, tuve la entereza de resistir a los cuatro grandes vicios de nuestra oficialidad: el tabaco, la ginebra, el juego y la Venus. Verdad que no estaba yo para trotes.

El alcoholismo, sobre todo, hacía estragos en el Ejército. Del coñac y de la ginebra, mejor aún que del vómito, podía decirse que eran los mejores aliados del «mambús». Fumando de lo más caro y bebiendo ginebra y ron a todo pasto, no era extraño que muchos jefes y oficiales decayeran física y moralmente. Además, retenidas las pagas, pasaban apuros económicos.

Durante mis cuatro meses de permanencia en la isla no había recibido sino la primera paga de capitán (ciento veinticinco pesos oro). En vano remitía mensualmente a La Habana los justificantes de mis haberes. La penuria económica de los médicos de enfermerías no obedecía sólo al clásico desbarajuste de la Administración española; debió también al desfalte de un tal Villalunga, farmacéutico del Hospital Militar de La Habana y habilitado general del Cuerpo de Sanidad, el cual se fugó a los Estados Unidos en compañía de noventa mil pesos y de una pelandusca.

Tocante al cobro de las pagas reinaba des igualdad irritante. Los médicos militares de servicio en las capitales percibían puntualmente sus haberes; para los médicos de batallón solían retrasarse algo, si bien disponían del recurso de percibir anticipos de la caja del regimiento o de empeñar pagas devengadas en casas de comercio, pero los pobres que prestábamos servicios en trochas o enfermerías de campaña dependíamos en lo económico de la habilitación general de La Habana, y, sin relaciones de amistad con el comercio de las ciudades, quedábamos frecuentemente desamparados.

El barrio de Las Injurias

Pero si las Injurias —como todo grupo social, aunque en grado y formas distintas, se gira su estado de cultura— ofrece al extraño que se acerca el lado «verizado, áspero y rugoso», según las expresivas palabras de Turde, en cambio su interior es, para la gente que le compone, «blando y aterciopelado», como un estuche. Reina allí, como el medio es completamente homogéneo, una extrema simpatía, que de los míseros servicios diarios pasa a la abogación muchas veces, sin que nadie crea por esto hacer trada de particular ni cumplir deber alguno. La conciencia de que pertenecen a una misma especie les mantiene en una perfecta solidaridad, para producir la cual no entra ninguna clase de vínculos mecánicos. El grupo social se descompone y compone continuamente, dada la condición nómada de sus elementos celulares, y, con todo, ofrece siempre la misma cohesión fuerte que hace de él un albergue seguro de malhechores.

El Barriano ofrece el aspecto desolado de la Naturaleza maltratada por la proximidad de las ciudades. Le cruza un arroyo fétido, y sobre la superficie del suelo sale al descubierta la lóbrega de una antigua alcantarilla, semejante a la espina dorsal de algún animal sucio que estuviera allí tendido entre ruinas, escombros y heuratas.

Vive en el más ínfimo grado de *vecindad*

de bien, dedicada a trabajos humildes, entre los cuales ninguno es tan curioso como la industria de esos juguetes ingeniosos y baratos que, renovándose de continuo, se venden en la Puerta del Sol, y cuya última creación, hasta el momento en que escribimos, ha sido el falso fajur *M. Papi*, escapándose de la arca.

El resto de la población le componen cuatro clases de gentes, que son, según la nomenclatura de la localidad, *panilleros, vandas, mangantes* y *lanadores*, que llenan aquellas *casas de recogimiento*.

Todas están denunciatas por ruidosas varias veces; de suerte que sólo por milagro de las leyes de la gravedad (y de otras leves) se mantienen. Otro riesgo conocido allí es el de la inundación, y no mencionamos el riesgo de epidemia, porque a pesar de los vertederos de materias fecales al aire libre, que allí sirven de retrete; y a pesar de las aguas estancadas que se descomponen y del hacinamiento de muchas personas en habitaciones sin aire ni luz suficiente para una sola, se nos ha asegurado que la mortalidad y las enfermedades son escasas, y que en recientes epidemias tíficas y variolosas, las Injurias no sufrieron daño grave. La pobre gente está ya inmunizada contra toda clase de gérmenes morbosos, y vive allí desleída, sin tratar de mejorar su suerte.

Los marginados



Vista general del Barrio de las Injurias. Distrito de la Inclusa. Mortalidad del barrio: 40,32 por 1.000. (Foto tomada de Nuevo Mundo, 6 de septiembre de 1906, núm. 661.)

Los marginados



Es creencia tan generalizada cuanto poco exacta la de que el *piyuelo* y el *chulo* caracterizan al malhechor macilento. Nada más erróneo que semejante juicio. El *piyuelo* las más de las veces concluye siendo un honrado y laborioso trabajador; el *chulo* no siempre vive del delito. Cuando sucede lo contrario, no por ello son de tomar como tipo de criminales. Más temibles que el procaz granuja, cuyo aspecto y costumbres llevan a la desconfianza, más peligrosos que el *chulo*, que representa lo que no es en realidad, son otros malhechores confundibles con el menestral, con el pegajoso *botero*, con el inclasificable *siete mesino*, y hasta con el cesante que arrastra su miseria y estrechez, siempre dispuesto a esgrimir la espada, en competencia con otros vividores, y a repartir sablazos sobre los ruidosos que parecen condenados a niñez perpetua.

Verdad es que en casi todos los criminales se encuentra mucho del *piyuelo* y no poco del *chulo* o *pencho*; verdad que llevan de la gorra y la blusa, del sombrero pacho, la cazadora o chaqueta corta y el pantalón entallado, suelen ocultarse el *tomador*, el *descaldero* y hasta el *atracaador* o *tronista*; verdad que el granuja *atendero* de periódicos, de cerillas, y de objetos procedentes de saldos, y el *capitán lista* que ensaya el arte de Montes en las corridas de novillos, suelen tener ocultos pasatiempos que les proporcionan mayor lucro; pero, según hemos indicado, en estos casos, y respecto de tales industriales, puede aplicarse muy bien el adagio castellano de que el *hábito no hace al trujo*.

